HERNAN CORTES

despues de la derrota en la laguna de Méjico.

El y Ella.

CUENTO ROMÁNTICO.

orria una noche de júlio en la que gruesas y oscuras nubes encapotaban el cielo que cubria de luto á la naturaleza de toda la província. Alumbraba de vez en cuando un rayo de luz que se desprendia de las preñadas nubes, como desahogos visibles de una gran dósis de electricidad de que estaban henchidos sus estómagos, que pugnaba por salir del estrecho recinto que las comprimiera á estenderse en el espácio. Ya empezaban á sentirse las náuseas estrepitosas del gigante que ocultára las faras celestes, y que apadrinára las tinieblas, cuando dos amantes, amantes tambien de lo maravilloso cruzaban por las arboledas del canal de Manzanares, donde se hubieran detenido, no á contemplar las producciones de la pródiga naturaleza en la vistosa variedad de sus objetos, ni á admirar el injénio del hombre en la concepcion de sus elevados planes, al par que su indoléncia en llevarlas al fin de su ejecucion una vez empezados, si no á contarse á solas sus amores y como si dijéramos á probar que el mirado no está desierto, en ninguna parte ni falto de vida en donde quiera que el reino animal vejete.—No ves, Elisa, cuán magnífico es el espectáculo que se ofrece á nuestra vista, decia el amante.—Asi será, dijo la tímida favorecida apretándose contra el costado de su caballero, asustada por un relámpago, pero yo no veo nada Federico y temo que nos mojemos.—¿Nada ves, bien mio?.... ¿Pues no adviertes á la luz de esos fósforos divinos y al murmullo de esos suspiros celestes algo de maravilloso? ¿No sientes bajo tus pies un almohadillado de rosas cuya suave ambrosia empalaga de placer los sentidos? ¡Ah! y como halaga nuestro amor este espectáculo, parece que está de acuerdo con nuestros corazones.... —¿Qué dices de ambrosia? por Dios yo huelo á bascosidad, huelo á cosa mala..... ay bien mio, estamos en un lugar cenagoso, yo me hundo.—Que dices, mi bien, si es Céspede florido que nos sustenta regocijado, anda, ¿qué te detiene?... mira, ves este resplandor blanco que está delante de nosotros, pues es un lucero que cual la estrella de los magos nos guia al—á la alcantarilla desgraciada,—si es..... ay que me han muerto, y dándose de hocicos el amartelado amante contra una tápia, cayó con su cara mitad en un lugar inmundo pasando sobre ellos águas menos puras que las del Jordán y mas esposas que las del Manzanares—Desdichada de mí, y cómo me habré puesto, dijo levantándose la dama del lago, y tirando de su gondolero que yacía sobre el cieno, atontado por el golpe, ¿te has hecho daño, Federico?....—Algo, Elisa, tira mas fuerte que no puedo levantarme. En fin, despues de mil trabajos y no sin haber dejado las botas él, y ella los zapatos, pudieron salir al otro lado de la alcantarilla malhadada, que no era otra que la que por el embarcadero del Canal atraviesa el paséo de las Delícias.—Puf, y que asco, mal haya tú que me has traido por estos andurriales, tu impaciéncia...—¿Y qué diré yo, Elisa bella, con la cabeza rota y sin botas?... —¿Y yo sin zapatos, cubierta la cabeza de bascosidad y perdido mi vestido de raso?... ¿qué dirán mis padres cuando me vean? ¿Cómo creerán que vengo de casa de mi hermano, á pesar de que lo afirme la criada que nos aguarda en la puerta de Toledo, que tal vez ya se haya ido á casa?... Maldito sea el momento que consentí en tus designios, el cielo me ha castigado.—Calla, Elisa mia, no llores, mira, con esas manchas me pareces mas hermosa que nunca, esa hediondez despide para mí emanaciones de ambrosia, y tu descompostura halaga mi corazon, estás mas romantica.—¿Si? ¿lo dices de veras? dijo Elisa limpiándose con las manos, único pañuelo que la habia quedado en la refriega.—En prueba de ello mira, y estrechándola entre

sus brazos la dió un amoroso beso que fue mas prolongado, porque tenia tal atraccion el betun de la alcautarilla, que les costó trabajo el desasirse.—Estoy contenta, y sea lo que Dios quiera, dime, ¿te acuerdas de haber leído en alguna novela caso igual?—No, respondió Federico atándose un pañuelo á la cabeza para detener la sangre que brotaba de su escalabra lura. — Tanto mejor cuando tú escribas un cuadro romántico pondrás esta aventura, y yo seré la heroina, ¿verdad?.... —Sí, pero dime, ¿no distingues dos bultos que se acercan hácia nosotros?...— Si, ya estan muy cerca, ¡qué miedo! no me desampares, si quieren ultrajarme ya sabes tu deber como caballero, desafialos y si pereces....¡ah! Dios no lo quiera, pero si pereces iré todos los dias á regar con rosas tu sepultura ó me mataré, ¿qué quieres mas de las dos cosas?..... ¿No respondes?—Sí, haz lo que quieras, pero mira deja el brazo y adelántate tú que ves mas á inspeccionar esa gente, eres mujer y no se meterán contigo.—¿Yo? ¿dónde has leído eso?—Hoy mismo en los versos que me han decidido á venir contigo.—¿No llamabas cobarde al caballero que no muere por su dama, y al que la abandona en el peligro?.... —Sí, es verdad, pero es muy romántico el tener miedo, y yo..... soy muy romántico, Elisa mia.—Pues yo tambien, ya lo sabes, mira vayamos juntos, ya estan aquí, si diera un relámpago.... me parece que es jente muy pequeña, serán algunos malandrines..... algunos enanos.—No, Elisa, que son jigantes, ¡oh Dios! ¿no has oído? ¿no has oído Elisa lo que dicen? Dicen que nos van a matar.— Yo no he oído mas que un lijero gruñido, pero atiende, ¿qué haces? donde vas, Federico, Federico, y Federico abandonando á su amada trepaba por la cuesta para ganar la puerta de Toledo..... Elisa desesperada y desecha en lágrimas á la vista del peligro que cree cercano, no sabe qué partido tomar, sus verdugos están cerca, la huída es ya tarda, y resignada se decide á implorar la compasion de sus perseguidores. —Piedad, piedad, esclama arrodillada delante de los bultos que se paran delante de ella, piedad, á una jóven abandonada por su traidor y desleal amante. Tened compasion, nobles caballeros, de esta infeliz que os ofrece vivir solo para rogar por vos; si, tan solo para dirijir plegárias al eterno por tan generosos donceles: callais señores, no os conmueven mis lágrimas?— Si decis... ¡Ah! no podria esperar ménos de vuestra jenerosidad ¿podré partir? ¿podré marchar al seno de mis angustiados padres? Un largo rebuzno y una coz que tendió por tierra á la abandonada amante, y un gruñido espantoso que penetró sus oidos, fue la sola respuesta que la dieron aquellos dos pacíficos seres que siguieron impávidos su interrumpido camino. Qué espetáculo se presentó á la luz de un relámpago á nuestra heroína...! Sus caballeros habian sido un robusto garañon y un gordo marrano que caminaban en amistosa y silenciosa compañía á una de las alquerías de aquel barranco.— Su pasada aventura y el abandono y cobardía de su amante, la hicieron recordar el vergonzoso estado en que se hallaba, la falta que habia cometido, y el furor con que la recibiría su familia. Siguió como pudo hácia la puerta de Toledo, guiada por un farol que vió en cuanto pudo subir la cuesta médio á gatas, y considerando en las promesas de su amante, en sus baladronadas y en su mentido valor, juzgó que como él serian todos los románticos y adjuró de su doctrina y de cuanto les pertenecia.

Al llegar á la puerta la esperaba otra escena, los guardas acercan el farol para reconocerla, ella se tapa la cara y se les separa como quien oculta algo, y pareciéndoles sospechosa se la llevan al rejistro en donde rejistrándola ásperamente sin atender á sus sollozos y palabras lastimeras, la dicen mil denuestos teniéndola por una mujer perdida y la quieren llevar á la cárcel, pero por no incomodarse el que la habia de conducir la dá un par de varazos y la deja en libertad. Tampoco este incidente estaba previsto en los libros románticos, ni habia leido que dedicasen tales requiebros á

las señoras los castellanos de ningun castillo, por lo tanto el romanticismo se iba agotando en su alma.

A la entrada de una ermita de San Lorenzo que hay cercana á la puerta, vé Elisa un hombre arrodillado que está en ademan de orar, necesita de consuelo, necesita de un hombre que la socorra, en fin de un hombre que la conduzca á su casa, el que se arrodilla á la puerta del Señor es hombre relijioso, la piedad se albergará en su alma ya no dudo, y tocándole la espalda interrumpe su oracion.—Buen hombre.—¡Qué! quien sois espectro espantoso ¿hasta aquí me perseguís? yo no fuí causa de su muerte, yo la dejé, ella pudo salvarse... prorrumpió asustado el penitente.—Hombre infame, seductor malvado, no ofendas á un Dios justo con tus sacrílegas oraciones... ¡ Que veo ! ¿ eres tú Elisa mia ? qué no has muerto? Mira ya rogaba á Dios por tu alma, lo pedia morir para estar á tu lado, iba á buscar tu cadáver y á vengar la de tus asesinos.—Cobarde, si eso es cierto ¿ por qué no los esperaste?—¡ Oh! no fue mia la culpa bien mio aquellos espectros me separaron por el poder de su májia, sino ¡ vive Dios !... Que te murieras de miedo.—No por mi vida á pesar de su jigantesca estatura ::: Desdichado oye y averguénzate, tus verdugos, tus cuerdos asesinos eran... un borrico... y un cochino... ¿De veras? vaya que es lance, este si que será cuadro romántico interesante.

La tempestad empezaba horrosamente á lanzar sus dardos y sus rujidos estremecian la tierra que amenazaba ahogar en los torrentes que sobre ella descargaba. Elisa aunque con repugnáncia dá el brazo á Federico y silenciosos tomaron la calle lateral de la ermita en vez de la de Toledo, en vano buscaban un portal donde guarecerse y empapados en água que aumentaba Elisa con sus lágrimas, caminaron alumbrados por los relámpagos hasta un edificio sombrio que les deparó la suerte que estaba abierto; la necesidad vence al miedo muchas veces y esta fue nube, entranse y cuando se dirijian hácia una luz que se notaba en una galería prolongada, oyen una voz carrascosa que dice hay vá, mátale Juan.—Ya está, le dice otro, á fé que de esta puñalada no se ha de escapar. Federico empieza á rilar de miedo, y Elisa casi se desmaya pero reponiéndose un poco ambos se ocultan en el hueco de una escalera y sin atreverse á hablar ni aun á respirar ponen el oido.—¿Cuántos has matado Juancho ? — Yo tres y tú seis; Colin, este último me creí me mataba á mí, que rebelde ha estado, pero ya me he vengado mira, aun palpita su corazon, diablo, y que valor tenia.—Bueno pues á despachar los demas prisioneros.—¿ Cuántos mato yo ?—Seis y los otros dejámelos á mí porque me parecen mas valientes y pienso darles una puñalada al salir por la puerta del cuarto, Perico arranca las entrañas á esos cadáveres y cuélgalos para acabarlos de desaguar.—Está bien señor Juancho, y empezaron á oirse lastimeros ayes de las víctimas que inmolaban aquellos despiadados verdugos.

Cada palabra de estas era un puñal que atrabesaba el corazon de los escondiches amantes y es bien seguro que todo el romanticismo del mundo no se le quitara esta luz de un farol que, un asesino llevaba viendo un arroyo de sangre que no tardó en hacerse sentir románticamente bajo sus rodillas, y dos ó tres hombres cubiertos de sangre afilando grandes y agudos cuchillos, pues no era eso lo peor una terrible voz les llena de espanto.—Juancho, otras dos tenemos todavia.—Como, pues qué no hemos concluido la matanza?.—No, hay dos que estan agazapados y escondidos, pobrecillos pensaban escaparse á mi vista, donde están? ahi hácia la escalera—pues que mueran pronto que tengo gana de dormir—que mueran; la luz se aprosimaba hácia el escondite de los amantes y sonaba el afilamiento de los cuchillos, cuando Elisa no pudiendo sufrir mas angústias dió un terrible grito y cayó desmayada, y Federico saliendo precipitadamente de su escondite se arrodilló agarrando los pies del que conducia el farol que le dejó de caer sorprendido.—Quien va, gritó Juancho retrocediendo algunos pasos...? Señor yo... mi hermana mi mujer... inocentes... confesion al menos para no

morir en pecado mortal.—¿Que diablos dice ese babieca, dijo el del farol volviendole á cojer, yo señor...por Dios no me mateis y cayó desmayado.—Cacaseno has visto lance mas orijinal? ¿Pero calla que es esto? Una mujer tambien desmayada debajo de la escalera, vaya, vaya no hemos hecho aqui mal papel esta noche, habrá bribones, ea, ea, chicos, sacar esos dos estafermos que estarán borrachos á la calle, y cerrar que ya es hora. Así lo hicieron y los dos amantes quedaron á la intempérie. Un sereno á quien habian avisado del caso los usatones vino hacia ellos al tiempo que Elisa volvia y viendose en aquel paraje y tendida en un reguero de sangre; dá gritos pidiéndo favor á ellos, vuelve Federico y se asusta de nuevo á la vista del sereno que toma por un fantasma; pero convencido á las razones de este, les manifiesta que la casa á cuya puerta estaban era el matadero de carneros del rastro, y que tuviesen mejor vida y se retirasen á su casa pues que sino los llevaría presos. Elisa le dió las grácias y despues que les puso en la calle de Toledo, se encaminaron á la calle Mayor donde vivia Elisa, y á la puerta de su casa previno á Federico que sucediera lo que quisiera, la olvidase y jamás pensase en ella, lo que ofreció aquel que aun no sabia si estaba en sí ó nó.

Los padres de Elisa que lloraban su ausencia y su deshonra por lo que les habia contado la criada que habia vuelto á casa cansada de esperar, la recibieron mas con halagos que con amenazas; ella fue franca lo contó todo y obtuvo el perdon de su falta prometiendo enmendar su género como su conducta sucesiva que empezó por romper sus libros y versos románticos y dedicarse á las tareas de una jóven aplicada. Se nos ha asegurado que odiando á los románticos está pronta á unir su suerte á un militar que gusta mas de Cervantes que de Amadis.

Tio Pilili.

La lluvia.

Baja la llúvia á raudales
susurrando entre las rocas,
y por mil torcidas bocas
rodando surca en canales.

Y ese cielo azul hermoso
que ha poco brilló en la esfera,
es á mares regadera
tornandose riguroso.

Y baja la llúvia parda
que negra nube sacude,
y al monte y al valle acude
que su furor no retarda.

Y el arbol naciente troncha
al bravo empuje violento,
y redoblándole el viento
robles y encinas desconcha.

Y las ramas desgajadas
y las hojas desprendidas
besan la tierra rendidas
á su furor humilladas.

Y rotas bajan al suelo
mústias, yertas, retorcidas
flores que ha poco nacidas
desafiaban al cielo.

Tal vez una rosa abrió
al relucir blanca aurora
á ser de jardin señora
que á ser un féretro no.

Tal vez pintado capullo
hoy brotó la erguida rama
y al par que su olor derrama
se alza al cielo con orgullo.

Y le ajita con amor
para que el mundo le vea
y que en su hermosura lea
la grandeza del Señor.

Mas llúvia descadenada
que nube aborta con ira,
fiera le arranca y espira
de su edad en la alborada.

Madre infeliz á quien lleva
con fúria muerte precoz
su tierno infante veloz
y sus dolores renueva.

Y al verle yerto, sobre él
cae sin vida agonizante
clamando al cielo incesante
que iras arroja en tropel.

Y en tanto la llúvia impia
inunda campos y hoyos
hinchando tardos arroyos
que se aumentan á porfia.

Y la rujiente cascada
baja al abismo furiosa
con las ramas escamosa
retorcida y destrenzada.

Y el cielo de funeral
enlutado y retronando
parece estar predicando
al mundo el juício final.

Y los hombres aterrados
unidos en rogativas
de Dios las iras altivas
piden que aplaque humillados.

Y la campana sonora
zumba lúgubre en la torre
y con sus voces recorre
la llúvia devastadora.

Y sigue el doble inclemente
á la nube conjurando
mientras los monjes rezando
se unen al himno ferviente.

Y el órgano con el canto
y la llúvia y la campana
cual doliente voz humana
sube al cielo en coro santo.

Hasta que mas apiadado
cesando la nube loca
el trueno y la llúvia apoca
alentando sosegado.

Y luego se oye mas lejos
atenuada retronando
sus furores disipando
de la luna los reflejos.

O bien en tarde rosada
con sus bandas de colores
Iris anúncia á las flores
la tempestad ya calmada.

Y el viento húmedo zumba,
silva en la cóncava torre
la tierra enjuga y recorre
y alza flores que derrumba.

Mas llega el alba y la aurora
vuelve el sol, el médio dia,
viene la tarde sombria
la noche en sombras señora.

Y prados, frutas y flores
vuelven al ser con la tarde,
la aurora y el sol que arde
robándole sus colores.

Y los hombres prosternados
dan grácias al Hacedor
que el sol torna á ser señor
cubriendo daños pasados.

B.

Consideraciones sobre los abusos que se observan para enterrar.

Muchos individuos del jénero humano son enterrados vivos. Solo es desconocido á los idiotas que mientras que las partes esenciales de la existènciа estan intactas, se conservan enteros los organos, y no empieza la putrefacion aunque haya cesado el acto de la vida: por cuyo motivo no puede asegurarse que esté destruida enteramente la poténcia, y que se asegura la muerte. Todos los libros de poli-

cía médica citan ejemplos que personas difuntas por cualquiera jénero de enfermedades no destructoras de lás partes esenciales á la existéncia, que espontaneamente ó por los socorros del arte vivieron algunos dias mas de aquel en que se creia habian fallecido. Estos hechos se renuevan diariamente en el mundo y sin embargo somos demasiado indolentes sobre la última suérte ó destino que nos amenaza, tratando las mas veces eludir las acertadas precauciones prescriptas por gobiernos ilustrados.

Nos contentamos por lo general en dejar por uno ó dos dias nuestros difuntos médio desnudos, y tendidos sobre una mesa ó poco mejor espuestos á la incleméncia de las estáciones para esperimentar si por acaso abandonados á la fuerza lánguida y casi nula de la naturaleza se desenrolla en ellos la última chispa de vida que se estingue. Atamos frecuentemente sus pies y manos como si tratasemos de evitar en ellos la libertad de socorrerse en el dificilisimo caso de que revivan en circunstáncias tan desfavorables; y concluimos encerrandoles entre cuatro tablas y cubriendoles de tierra...! y por justa ley del Talion nos aguarda la misma suerte...! Se llama esto ser soberbios...?

Si ha observado que la muerte que nosotros decimos, ó sea el estado asfítico, el cual precederá la muerte verdadera, es frecuente remedio á la misma. Hay ejemplos innumerables de muchos que despues de habérseles creido difuntos, á pesar de gravísimas enfermedades, se dispertaron y rarísima vez se lee que á los que sucedió, no sanasen repentinamente, ó no se curasen pronto. No es esta una razon mas para emprender tentativas para volver á la vida á los creidos difuntos y lisonjearse con felices resultados? Los herederos lo mirarian como impostura, los ignorantes del arte se sonreirian y los tontos se burlarian del médico; pero un solo padre de familias vuelto à huérfanos compensaria con usura las burlas, las risas y los gritos.

La mayor parte de los remedios que se proponen vulgarmente para tal género de pruebas hoy son inútiles los unos y dañosos los otros como son el presentar un espejo al difunto para ver si le empaña con el aliento, ó una cerilla, á las narices para ver si conmueve con él la luz, pinchazos &c. Dos médios se conocen que muchas veces han surtido felices resultados, y son el uso de la respiracion artificial sacado á mas horas, y la conservacion del calor natural que va desprendiéndose. Varios métodos conocen los médicos para llenar el uno y el otro objeto; tambien se sacará grandes resultados de la oportuna administracion del electricísmo, y especialmente del galvanismo. En fin, en esta parte tan esencial que nos pertenezca á todos no deben escusarse las mas pequeñas indicaciones del arte-médico. Me reputaré feliz si estas indicaciones obligan á desechar algun tanto la indoléncia natural en cosa que tanto importa no á uno sino á todos.

F. M.

MARIA.—FELIPE.

Maria es bella y virtuosa; sus facciones son el retrato de su alma pura, y en todas sus acciones se deja conocer la dulzura de su corazon. Maria tiene veinte años, su rúbio cabello ya cae sobre su frente, formando graciosos rizos, que ceden al mas leve soplo del céfiro, ya vá sencillamente ceñido á su rostro á unirse por bajo de la oreja á la trenza que forma su peinado. Sus ojos azules, cual la atmósfera que nos rodea, ya se elevan al cielo como si le pidiesen un objeto que cree no poder hallar en este mundo, ó se clavan en la tierra como si en su seno estuviese lo que en vano busca en su derredor. Sus lábios de carmin se entreabren alguna vez y dejan asomar una sonrisa, que mas bien que el placer, espresa la amargura y la ironía del dolor. Su tez blanca, empalidecida por el pesar, la hace semejar á una de aquellas súblimes creaciones de Rafael Urbino, que con tanta frecuéncia se encuentran en sus preciosos cuadros místicos. Y si

ora que se halla poseida de la tristura es una imájen, que descripta únicamente pudiera tenerse por un bello ideal de la acalorada imajinacion del poeta, ¿qué será cuando se vea animada por la alegría, cuando la felicidad mas pura difunda sobre aquel rostro anjelical el rosado matiz y los marcados rasgos de la tranquilidad y satisfaccion interior? ¿Cuándo aquellos ojos ora melancolicos y amortecidos radiantes de gozo y ternura espriman todo el fuego de una pásion y la delicia de un amor correspondido? ¡Dichoso mil veces el mortal que llegue á conseguirlo!¡ Dichoso el que inspirándola tal cariño logre volverla á la sociedad, de donde su dolor la aleja! ¿Pero acaso es la sociedad digna de poseerla? No; perdona, Maria, perdona si he querido confundirte con la jeneralidad de esos seres que en brillar en ella cifran únicamente su ventura. No es este mundo el que puede merecerte; no, una creacion tan súblime, un destello del Eterno, cual tú lo eres, Maria, pertenece á otro mundo mejor; y esa aurécla de glória que te circunda, te hace sagrada, y te resguarda de la seduccion y astúcia de los hombres. Un mortal osó poner en tí la vista, y tú te dignaste mirarle; un mortal te amó, y tú correspondistes á su cariño: ¿y donde está ese ser venturoso? ¿Cómo no se le vé á tu lado besando tus pies, estrechándote á su seno, y prodigándote los mas tiernos nombres? Dios en sus incomprensibles juicios dijo: *Un simple mortal no es digno de Maria*: y le arrebató al mundo, y le elevó á los cielos, donde un dia te recibirán entre los himnos de los querubes y los cánticos de los bienaventurados. ¿Y qué ha quedado de aquel mortal? Un sepulcro inanimado y frio, un nombre *sin tacha y sin mancilla* y un laurel, que creciendo junto á su tumba, recordará á los venideros siglos su valor, sus hazañas y su gloriosa cuanto desgraciada muerte.—Te enterneces Maria, tus ojos derraman lágrimas de dolor y de amargura, tu corazon late con violéncia y oprimido quiere salirse de su sítio? Llora, sí, desahoga tu acongojado pecho: yo tambien acompañaré tu dolor, rendiré este tributo á su memória. ¡Loor al héroe que derramó su sangre por la pátria, y que pereciendo llevó tras sí la palma de la glória, la admiracion de los hombres, y el recuerdo y las lágrimas de una mujer, cuyas oraciones son el prémio mas grato á su sacrificio, y el holocausto mas puro á la divinidad!— Cuando la noche vá estendiendo su opaco manto por la bóveda azulada, cuando la luz y las tinieblas pugnan por adquirir el domínio de la tierra, cuando el lucero vespertino principia á esparcir su débil y vacilante resplandor, Maria huye del lado de las jentes; sus lábios murmuran un nombre que no se atreve á pronunciar, su corazon se complace en recordar unos instantantes de ventura y delícia... que nunca mas volverán; y en sus ojos asoma una lágrima, que en vano intenta detener, pues mas poderosa que su deseo, se desliza suavemente por su mejilla, y vá á caer cual una chispa inflamada sobre su mano que se siente herida, sin que baste á arrancarla de su abstraccion. Yo la he visto mas de una vez, y la he compadecido, porque Maria arrebata el cariño de todos los que la rodean; hubiera dado mi sangre por volverla aquella alegria, que un tiempo ví dominar en su alma; por poder hacerla feliz á costa de cualquier sacrificio, ó inútil para lograrlo, y no mereciendo ni aun su atencion, he callado y respetado su dolor. Yo la he oido mas de una vez contar sus padecimientos, poseerse de todo el ardor de la pasion que un tiempo sintiera al recordar sus placeres y caer en la mas honda tristeza, al contemplar que pasó... y sin atreverme á pronunciar un nombre que desgarraria su corazon, la he escuchado; y sin ser bastante á contenerme, las lágrimas han acudido á mis ojos, y he tenido que separarme de su lado esclamando: *Maria, tu tan desgraciada, cuando merecias ser tan felíz!*

.....

Otro mortal hay que la vió y no pudo menos de admirarla; que cuando ella no pensaba en amar, la adoraba con delírio; que encerrando su pasion en el pecho no se atrevia á manifestarla por no ofender á Maria; que

respetándola como á una divinidad la dirijia en siléncio sus votos, y con una sola mirada suya esperimentaba la delícia de los cielos. Este hombre en sus ilusiones llegó á esperar alguna vez en la felicidad de ser suyo y de conseguir su amor..... ¡ Desgraciado ! Aun no habia tenido tiempo de pensarlo cuando el mas cruel desengaño venia á desvanecer como el humo sus ensueños de ventura. Este hombre es Felipe. Yo miraba sus penas; fui el confidente de su dolor; y cuando lamentando su suerte queria darle esperanzas, con voz siniestra me decia " *La desgrácia meció en la infáncia mi cuna, la desgrácia encerrará mi cuerpo en el atahud. María no me amará.*" El infeliz profetizó. Otro hombre arrebató el cariño de María, y Felipe delirante, frenético quiso arrancar de su corazon aquella imájen adorada, y se arrojó en médio de la disipacion y de los vícios. Las órjias mas concurridas eran su morada habitual; esas casas abominables, donde á costa del infeliz, que seducido por el halagueño aspecto de una ganáncia precária corre á su perdicion arrastrado por las pérfidas insinuaciones de unos infames que se venden por sus amigos, se lucran unos tahúres, y aumentan diáriamente sus víctimas, le veian pasar el dia y la noche esponiendo su fortuna, su reputacion y hasta su vida. Tales desórdenes le hicieron odioso á sí mismo, sin que hubiesen logrado estinguir en su pecho el jérmen de su desgraciada pasion. Librado de ellos como en una tabla, desengañado y escarmentado de estas escenas de execracion, solo le quedó de ellas un remordimiento tardío, y una mancha indeleble, que en vano ha pretendido borrar. Pero el infortunado Felipe estaba destinado á pasar por todas las amarguras de la vida y apurar el cáliz del dolor. Parecido al ciervo que herido pugna por sacudir el dardo, y los mismos esfuerzos que hace para conseguirlo se lo hunden mas y mas en el corazon; asi Felipe creyó poder borrar la memória de su primer amor, con otro mas poderoso, y se entregó á toda la violéncia de una pasion criminal. Felipe amó, pero ¡ con qué diferéncia !..... Los insómnios, las vijílias, los celos, el sobresalto, los remordimientos y el desprécio de sí mismo fueron la consecuéncia de este cariño, aun sin llegar á ser correspondido. En médio de tanta tribulacion, el destino le sonrió cuando estaba próximo ya á sucumbir á la violéncia de su pasion, y volvió á su corazon la esperanza al mismo tiempo que la virtud. "*María era libre.*" Esta sola idéa bastó para mudarle y volvió á entregarse á todo el delírio de su puro y primer amor.

.....

María siempre está triste; parece que ha renunciado al placer y que con la muerte de su amante se han apagado las pasiones de su sensible corazon. Felipe jime en tanto devorado por su amor, sin atreverse á manifestarlo. Vé padecer á María, trata inutilmente de distraerla, y mas de una vez me ha dicho cansado de la inutilidad de sus esfuerzos. "*Preferiria, aun á costa de mi dicha y tranquilidad, el ver salir á los muertos de los tumbas, y volver la vida á los que han perecido para que María fuese feliz.*" Pero estos vanos votos no sirven mas que para exasperar á Felipe, que vé languidecer á su amada, como una tierna flor, que falta del riego y del sol dobla su tallo, decae y viene á convertirse en polvo, hallando su muerte en la tierra que debiera haberla dado la vida, sin poder lograr ni un instante distraer sus penas ni merecer su atencion.

María mas bella que nunca, se consume en su dolor; desprecia un mundo en el que ya no respira el ser á quien tanto amó, y dirije sus pensamientos á aquella morada en que un dia ocupará el lugar que merecen sus virtudes. Felipe espera con serenidad y desea que llegue el instante en que la muerte concluya su padecer y apague el fuego de su pasion que no correspondida de María, le hace aborrecer una vida, que de otro modo seria un manantial de delícias y placer.

Infelices !! Cuán dignos son de compasion !!

Editor responsable.—R. Sola.

MADRID: IMPRENTA DE LA COMPANIA TIPOGRAFICA. 1837.